

Ariadna. Para una teoría de la comunicación

Sergio Caletti

ARIADNA. PARA UNA TEORÍA DE LA COMUNICACIÓN

UNIVERSIDAD NACIONAL DE QUILMES

Rector
Alejandro Villar

Vicerrector
Alfredo Alfonso



Bernal, 2019

Colección Comunicación y cultura
Dirigida por Alejandro Kaufman

Caletti, Sergio
Ariadna. Para una teoría de la comunicación / Sergio Caletti. - 1a ed. -
Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 2019.
336 p.; 20 x 15 cm.

ISBN 978-987-558-600-0

1. Comunicación. 2. Teoría de la Información. 3. Semiología. I. Título.
CDD 616.075

© Bárbara Caletti Garciadiego, 2019
© Universidad Nacional de Quilmes, 2019

Universidad Nacional de Quilmes
Roque Sáenz Peña 352
(B1876BXD) Bernal, Provincia de Buenos Aires
República Argentina

ediciones.unq.edu.ar
editorial@unq.edu.ar

ISBN 978-987-558-600-0

Queda hecho el depósito que manda la Ley N° 11.723
Impreso en Argentina

ÍNDICE

Presentación	9
Sergio Caletti. Teoría y coyuntura de la comunicación, por Natalia Romé	11
<i>Ariadna. Para una teoría de la comunicación</i> , uno de los aportes de Sergio Caletti, por Carina Muñoz	15
Prefacio. La comunidad que falta	17
Introducción	29
1. El campo de estudios: formación, fundaciones y trayectorias iniciales	35
2. Historia, comunicación y sociedad.	107
3. Modelos, conceptos básicos y alcances	165
4. Problemas y respuestas. Noticias y complementos	249
Bibliografía	323

PRESENTACIÓN

El libro que el lector tiene en sus manos es resultado de un esfuerzo singular. Deseado y proyectado por su autor, sin embargo, solo se publica ahora, después de su fallecimiento. La tarea fue emprendida por el equipo de investigadores que se formó con él durante años en el campo de los estudios de la comunicación. Este volumen es así el resultado de un trabajo colectivo de adaptación del texto original. La consolidación de esta edición se realizó a partir de las rectificaciones y consideraciones dejadas por el autor en diversas notas. También se tuvieron en cuenta otros escritos y clases que completan su perspectiva del campo. Se incluye además, a modo de prefacio, “La comunidad que falta”, conferencia pronunciada por Caletti durante el IV Encuentro FADECCOS realizado en la provincia de San Juan, en octubre de 2006. Ese texto ha sido seleccionado porque traza, en gran medida, el horizonte de una tarea que Sergio Caletti anhelaba para el campo de estudios en comunicación: la consolidación de su comunidad intelectual a partir de la revitalización de los debates teóricos y políticos que hagan de la controversia el pulso del pensamiento colectivo y el rigor teórico. Sin dudas, el presente volumen apunta a ser un aporte sustancial en esa dirección.

El trabajo de revisión y organización del texto final fue realizado por Sebastián Ackerman, Carlos Britos, Carolina Collazo, Silvia Hernández, Paula Morel, Ramiro Parodi, Ignacio Riel-Schies, Natalia Romé, Martina Sosa y Ricardo Terriles. Colaboraron en el rastreo y

selección de notas, además, Carolina Ré, Ezequiel Nepomiachi, Ernesto Shtivelband y Leandro Viterbo.

Es de destacar también que esta tarea no hubiera sido posible sin el compromiso de Bárbara Caletti, hija de Sergio Caletti, amorosa custodia de sus manuscritos, quien prestó su plena colaboración en la tarea.

Finalmente, la publicación de este volumen también es producto de la iniciativa del profesor Alejandro Kaufman, compañero y amigo personal de Sergio Caletti, y de la buena disposición del equipo de la Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes.

SERGIO CALETTI. TEORÍA Y COYUNTURA DE LA COMUNICACIÓN

Natalia Romé*

La conmoción social que zanjó el último cambio de siglo es escenario para las reflexiones que dan cuerpo a este libro. No se trata en absoluto de una anécdota o de un dato contextual. Si la derrota política que condujo al exilio de una porción significativa de intelectuales durante la última dictadura militar abrió una serie de debates y reflexiones que enmarcaron e informaron el desarrollo del campo de estudios en comunicación y cultura desde la década de 1980, no podría esperarse que la profunda crisis social y política que eclosionó en 2001 no imprimiera sus huellas en el derrotero de la teoría, abriendo preguntas y reorganizando problemas, herencias teóricas, etcétera.

Por un lado, cabe recordar que, junto con Héctor Schmucler, Nicolás Casullo, José Aricó y Jorge Berneti, entre otros intelectuales, Sergio Caletti protagonizó en su exilio mexicano discusiones fundamentales para la recuperación de la vida democrática y el desarrollo de las ciencias sociales en nuestro país, durante los años ochenta. Y luego, instalado ya como profesor e investigador en las universidades nacionales de Entre Ríos, Quilmes y Buenos Aires, desplegó una in-

* En nombre del equipo de docentes e investigadores que se formaron y trabajaron junto a Sergio Caletti en la Carrera de Ciencias de la Comunicación de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires: Ricardo Terriles, Martina Sosa, Carolina Collazo, Silvia Hernández, Carolina Ré, Sebastián Ackerman, Ezequiel Nepomiachi, Ernesto Shtivelband, Paula Morel, Leandro Viterbo, Carlos Britos, Ramiro Parodi.

tensa labor de reflexión teórica orientada a procesar conceptualmente los infortunios y potencias de la experiencia colectiva de los años venideros; una labor especialmente orientada a consolidar, en la universidad pública, un espacio de formación de intelectuales y profesionales de la comunicación comprometidos con el pensamiento crítico.

Lo que resulta singularmente rico de esos cruces, en algún sentido biográficos, es justamente aquello que los excede y hace del compromiso con la coyuntura algo más que una posición enteramente política o ética, para convertirse en la apertura de una indagación epistemológica del campo comunicacional que, como se advierte desde sus primeras páginas, se concibe como constitutivamente atravesada por una fina articulación entre la problemática teórica y los avatares históricos; al punto de desafiar toda demarcación entre lo que podría denominarse la “historia interna” de una ciencia de la comunicación y las determinaciones que, desde diversas zonas de la vida social o la experiencia colectiva, conmueven el desarrollo de sus conceptualizaciones, la irrupción de sus preguntas, sus cortes y cadencias.

Acaso sea por ello que el presente volumen dista mucho de ajustarse al registro habitual para su género; podría decirse, incluso, que su escritura avanza en el desajuste mismo del género, deconstruyendo la frontera entre teoría e historia. De esa manera, la expectativa de un libro introductorio, generalista, que en principio podría animar su consulta, se ve conmovida por la densidad de una labor investigativa y analítica que lee la forma misma del campo de estudios como el cifrado de un proceso complejo, en el que la filigrana conceptual se entrelaza con la coyuntura para cribar problemas e interrogantes que van dando consistencia y ritmo a un tejido teórico, heterogéneo y controversial, que no deja capturarse en las delimitaciones clásicas de una disciplina. Desde luego, no se trata de una opción de índole expositiva, se trata del lugar en el que la historia de la ciencia se inscribe en la historia *a secas*.

La singularidad de este libro y, en general de los aportes epistemológicos de Sergio Caletti al campo de estudios en comunicación,

primero, pero también al de las ciencias sociales y humanas, radica en el modo en que ese compromiso entre teoría e historia es trabajado y procesado a partir de un ambicioso esfuerzo de traducción conceptual, de operación de distanciamientos internos y de ejercicios de vigilancia epistemológica. Una tarea forjada desde una posición profundamente materialista, en la medida en que exige a la teoría la asunción de sus condiciones de producción, de sus determinaciones extrateóricas. Pero, a la vez, precisa y erudita en la movilización de tradiciones confluyentes en cada formulación problemática.

El pensamiento de Caletti pivotea delicadamente en un equilibrio que, rechazando toda banalización y simplificación –incluso aquellas que se esconden en formas del romanticismo plebeyista–, se acerca infinitamente, asintóticamente, al pensamiento social, a los interrogantes de cada coyuntura y al deseo de lo común. Este libro constituye, en ese derrotero compuesto por innumerables intervenciones públicas, a partir de escritos –muchos de ellos inéditos– y, especialmente, por clases magistrales ofrecidas a sus estudiantes universitarios, un anudamiento que reúne dos movimientos heterogéneos. Uno que revela una decantación de investigaciones y estudios realizados durante largo tiempo, que permite reconstruir un estado de la cuestión en el campo de la comunicación desde una genealogía vasta y generosa. Otro, que registra las huellas de su atadura a la coyuntura finisecular y se alimenta del interrogante acerca de las formas de unidad en la dispersión, de comunidad en el disenso que el campo de estudios en comunicación es capaz de desplegar, a fin de orientar su ojo crítico hacia los modos hegemónicos de producción social de significaciones y de reparto desigual de voces y recursos.

La disposición tendida hacia la tarea pendiente, hacia lo que resta por hacer, llevó a Sergio Caletti a dilatar y postergar indefinidamente la publicación de sus escritos. La aquí ofrecida publicación constituye en ese marco una excepción, y de allí su valor. Pero, además, ofrece una puerta introductoria a un pensamiento teórico agudo y rico, plasmado en una inmensa cantidad de manuscritos que esperan ver

pronto su publicación. Las ideas que en ellos descansan son, sin dudas, rastro de la pluma de uno de los más importantes intelectuales de la comunicación que dio la Argentina; pero son, en igual medida, pulso del saber colectivo y de los modos en los que una sociedad se vuelve presente a sí misma, se piensa de modos más inmediatos o más sistematizados y se imagina un porvenir. Si una misión reconocía Caletti a las ciencias sociales y humanas, era esa. Misión que, por su parte, cumplió cabalmente, tan a distancia y a la vez tan cerca de su tiempo y de su gente.

ARIADNA. PARA UNA TEORÍA DE LA COMUNICACIÓN, UNO DE LOS APORTES DE SERGIO CALETTI

Carina Muñoz*

El lector tiene entre manos no un libro sobre comunicación, sino un conmovedor testimonio del trabajo docente del profesor Sergio Caletti, cuya versión original viera la luz hace varios años en el ámbito pedagógico. Aquel gesto primero es el que deseamos rescatar en este, el más justo homenaje que pueda ofrecerse a quien puso lo mejor de sí en el semillero de cuadros intelectuales que es la universidad pública, especialmente en el sensible espacio de la formación de grado.

Sergio Caletti fue sin duda un referente del campo de la comunicación social en la Argentina y también en Latinoamérica, particularmente en su segunda casa, México. Supo apasionarse por los problemas del lenguaje, explorar en torno a la pregunta por la ideología y examinar las dimensiones de la política y la cultura en la vida social, siguiendo diálogos con diferentes derroteros teóricos. Su itinerario de trabajo y búsquedas entrama por una parte la producción en investigación empírica dirigiendo diversos proyectos y equipos durante décadas y, por otra, la toma de posición activa en la vida política de su país y la región, así como en la propia universidad. Un intelectual orgánico del pensamiento crítico, sin duda.

Pero el lugar que más cabalmente define a Caletti es el de *maestro*, tanto para con sus estudiantes como para sus compañeros de trabajo

* En nombre del equipo de cátedra e investigación de la Universidad Nacional de Entre Ríos: Sebastián Rigotti, Juan Pablo Gauna, María Laura Schaufler, Leila Passerino.

más jóvenes; un magisterio encarnado con talante de polemista ante aquellos con quienes mantuviera intercambios de cierto aliento. En el aula disfrutaba como pocos de escuchar a los estudiantes, para luego devolver sus preguntas incisivas; animaba a la práctica de poner en tela de juicio y fustigar el sentido común, a ejercitar una lectura a contrapelo de los cánones académicos. Así fue mentor de buena parte de la nueva generación de referentes de la comunicación social en la Argentina.

Esta es la historia que se cifra en estas páginas. En efecto, este libro es el resultado de tres operaciones: en primer lugar, la condensación de un proceso de lectura reflexiva de largo aliento respecto de distintas vertientes epistemológicas, teóricas y metodológicas a partir de las cuales Caletti configuró una definición crítica de los estudios en comunicación y sus características. En segundo lugar, se trata de una apuesta arriesgada a conjugar con la misma densidad teórica la historia interna y externa de los acontecimientos fundacionales del campo, examinada a la luz de sus implicaciones epistemológicas y políticas. En tercero y último lugar, el intento permanente de interpelar al lector como un público crítico y voraz al que se le ofrecen elementos para conocer y problematizar, no como alguien al que se le brindan soluciones o certezas tranquilizadoras.

Sergio Caletti dejó una enorme producción de trabajos inéditos, de ahí que su legado a las nuevas generaciones venga con la invitación a publicar, como parte del trabajo de herencia. Este libro contribuye a ello, y también a reconstruir los “puentes rotos” que tanto le preocuparon, como condición de posibilidad de transformaciones sociales. De ahí que celebremos la iniciativa de esta edición y, asimismo, la generosa invitación a participar de este homenaje que reúne las voces de los equipos de trabajo que Sergio conformó en distintas universidades.

PREFACIO

LA COMUNIDAD QUE FALTA*

Las reflexiones que siguen se sustentan en una apreciación incómoda: los investigadores, profesionales, docentes, estudiantes del campo de la comunicación no se asumen, no nos asumimos en la Argentina, por lo general, como miembros de una comunidad, en el sentido fuerte de los términos. No veneramos a los mismos próceres ni celebramos los mismos aniversarios. Y vaya, podría decirse que esto es entendible. Pero tampoco nos referenciamos en el prestigio de las mismas instituciones ni leemos los mismos libros ni cultivamos parecidos motivos de admiración intelectual ni nos hacemos preguntas semejantes, ni construimos asociaciones profesionales y académicas unitarias, y la lista podría seguir. Tal vez se haya entendido ya que no estamos aludiendo, por oposición, a un grupo disciplinado, a una secta de formas religiosas o a las homogeneidades que cabe lamentar. Por el contrario, comunidad hablaría de las diferencias que pueden sostenerse y que se sostienen en el tiempo, en la mirada, en el concepto.

Hay tribus en el campo, sí, pero tampoco son tribus particularmente estables, equipos de trabajo, líneas de pensamiento donde sea

* Una versión preliminar de este escrito proviene de una conferencia pronunciada por Sergio Caletti en el IV Encuentro FADECCOS, realizado en la provincia de San Juan los días 17 y 18 de octubre de 2006. De edición póstuma, el artículo fue consolidado a partir de una serie de manuscritos dejados por el autor, con vistas a su inclusión en la presente edición. El cuidado del texto ha sido realizado por Ignacio Rial-Schies.

posible distinguir a los discípulos por la impronta de sus maestros. Resumamos: entre nosotros, la comunidad toma la forma de una ausencia.

No estamos en condiciones, aquí y ahora, de dar evidencia empírica de esta apreciación. Los términos en los que viene enunciada pueden resultar, tal vez, ligeramente chocantes en su contundencia, pero la conjetura, en rigor, no es tampoco tan osada ni mucho menos desconcertante como para que no pueda establecerse un primer y elemental acuerdo intersubjetivo al respecto. Bastaría, en este caso, la constatación que calladamente puede hacer cualquiera de los profesionales, docentes, estudiantes, etc., indagándose a sí mismos por la medida en la que *de verdad se sienten* “parte de lo mismo” con todos los demás a los que se sabe cohabitantes de este espacio.

No se trata de suponer una comunidad ideal y lamentarse por su ausencia. Nada más ajeno a nuestra perspectiva. Entendemos (junto con una cierta literatura reciente al respecto)¹ que la comunidad es, en primer término y sobre todo, la ilusión de su existencia, que nunca habrá de hallarse felizmente conformada y que por el contrario estará siempre atravesada por aquello que la subvierte. Pero por ella, por la ilusión de su existencia, se actúa, se participa, se padece. Es en estos términos que aludimos a la débil señal comunitaria en el campo de la comunicación.

Alguno podría decir, con pizcas de razón, que el problema de esa débil señal es extensible a la mayor parte de las disciplinas sociales, que nunca la nuestra se asemejará a la comunidad de los biólogos o de los físicos. Y sin tratar de ignorar esas pizcas, también y más importante es señalar la gravedad que la cuestión cobra en nuestro caso específico, donde un estudiante avanzado de licenciatura difícilmente pueda ofrecer diez o doce nombres de figuras del campo, añadiendo los temas que cada uno de ellos trabaja, algo que, sin embargo, pueden hacer sus homólogos de Letras o de Filosofía.

¹ Véanse, entre otros, Nancy (2000) y Esposito (2003).

Es, por supuesto, del todo común que las comunidades académicas o profesionales en otros campos se encuentren cinceladas en y por los conflictos que sobrevienen de la diferencia. No son rosas, por ejemplo, lo que cruzan entre sí cognitivistas y psicoanalistas en el campo de la clínica, ni de margaritas es la línea que separa a los antropólogos sociales y culturales de los antropólogos físicos. En los ejemplos aludidos hay peleas, disputas explícitas en las que se organiza lo distinto, caras de perro, o publicaciones que segmentan la diferencia. Entre nosotros, en cambio, todo ocurre simplemente como si estuviéramos persuadidos de antemano del carácter, diríamos, casi aleatorio que ha tenido el venir a parar a *esta* institucionalidad, con estas precisas compañías, habiendo tantas otras que imaginamos eventualmente equivalentes.

Tan decididamente poco es lo que nos miramos en el espejo de nuestros pares que, en contrapartida, ostentamos involuntariamente las virtudes que se derivan de construir uno de los campos seguramente menos corporativos de la vida académica y profesional.

Avanzar en el análisis de esta ausencia tiene, es lógico, una dificultad: sus perfiles se escurren entre las letras del teclado antes de que ellas alcancen a dar excesiva consistencia a lo que no la tiene desde un principio. Decimos algo casi obvio: la dificultad suele sobrevenir, claro está, cuando se hace de una ausencia el centro del análisis. Aun así, valdrá apuntar algunas pinceladas generales para contribuir quizá a la reflexión sobre nudos problemáticos que, a nuestro juicio, este juego de ausencias camufla y eterniza.

A mi modo de ver, este carácter débil de nuestra comunidad guarda relación con la historia del campo en general, pero agudiza sus flaquezas en nuestro país, si tomamos como términos de comparación a otros de América Latina. Avanzaremos casi inmediatamente unos pocos pasos en esta dirección, pero aventuraremos antes otra conjetura acerca de uno entre los varios factores que podrían aducirse para dar cuenta de esta debilidad estructural, uno que resultaría relevante y que, para entendernos fácilmente llamaré *síndrome de cohabitación cortés*.

Me explico mejor. A lo largo de la década de 1960 y buena parte de los ochenta, se había venido arrastrando la discusión, por cierto infructuosa, acerca de la definición, objeto, alcance, estatutos del campo de los estudios de comunicación. Pero hacia fines de los ochenta, hace ya más de 15 años, se produjo un cierto giro, las discusiones se pausaron primero, se consideraron inútiles, fuera de moda o agotadas después, y un cierto silencio cubrió sus espacios. Todos supimos y sabemos que los interrogantes que nos envolvían, que los dilemas y las diferencias a veces abisales que se habían alcanzado a vislumbrar siguen allí, abiertas, pendientes, pero las disimulamos y en vez de pelearnos a los gritos como en los setenta, nos sonreímos cortésmente, tomamos té a las cinco y hablamos de otra cosa.

Creo que este *síntoma de cohabitación cortés* es indicio, es soporte y es refuerzo de la falta de comunidad. La sobreabundancia de temas que hemos decidido no hablar con nuestros parientes (porque la idea nos aburre), así como ellos con nosotros, no será precisamente lo que haga fuerte y unida a nuestra familia. Y cada vez dan menos ganas de compartir los fideos del domingo. En ese sentido, la relativamente baja intensidad de los conflictos que viene caracterizándonos desde hace más que 15 años es, quizá, la peor suerte posible para nuestra *incomunidad*: si las diferencias teóricas y políticas, epistemológicas y metodológicas atronasen nuestras instituciones, seguramente nuestra comunidad sería más fuerte.

Decía creer que esta baja intensidad no fue siempre así. Más bien tiendo a pensar –y casi diría a recordar– lo contrario. Los debates tanto acerca de la constitución como de la delimitación y el estatuto del campo se desplegaron vigorosamente a lo largo de varias décadas, con pocos resultados aunque, por cierto, con gran fruición. En algún momento me permití sugerir que, si bien las llamadas ciencias sociales resultan en general portadoras de una preocupación por la definición de sí, en nuestro caso la preocupación llegaba a niveles tales como los que solo ostentan –con otras y más legítimas razones– las disciplinas filosóficas. Quizá haya sido demasiado fuerte la frustración o el can-

sancio ante la falta de conclusiones, quizá haya sido precaria nuestra capacidad para construir respuestas provisionarias adecuadas, el hecho es que ocurrió lo peor: el agujero se tapó con ramitas y, cada vez que pasamos por ahí, nos embarramos el zapato.

Aunque me parece que, en algún punto o de algún modo, aquellos debates deberían ser retomados. Claro está, no en los mismos antiguos términos acerca de, por ejemplo, si debía o no considerarse a la “comunicología” una disciplina de idéntico estatuto de cientificidad que las clásicas de las ciencias sociales. Ahora que la ciencia toda ha ingresado en un terreno de profunda crisis y revisión, no creo que estos dilemas conmuevan el interés de colegas y estudiantes. Pero creo que transdisciplina no fue sino, aquí sí, una respuesta provisional adecuada. Cuando todo el espacio de las llamadas ciencias sociales marcha hacia su transdisciplinarización, aquella provisoriedad toca su límite. Y creo en cambio que hay otras discusiones que hemos dejado pendientes y cuyo desarrollo nos ayudará significativamente a construir comunidad.

Por ejemplo, no es secreto para nadie la existencia de una divisoria de aguas que deja de un lado las cuestiones con eje en la articulación “periodismo + medios” y, del otro lado, cuestiones con eje en la articulación “comunicación + cultura”. Otra divisoria, emparentable pero distinta, es la que coloca de un lado, preocupaciones, perspectivas, lógicas, que apuntarían más bien a volver prevaleciente la ligazón del campo a las formas y a los desafíos que emergen desde el mercado de trabajo y, del otro lado, preocupaciones, perspectivas y lógicas que apuntarían más bien a retener lo central del campo en su dinámica estrictamente académica.

Por supuesto, no igualamos ni identificamos el par de oposiciones “periodismo + medios” versus “comunicación + cultura” con la oposición del par “ocupaciones” versus “academia”. Más: ni siquiera creemos que tras cada una de estas etiquetas puedan palparse realidades homogéneas; y, menos, consolidadas. Sin embargo, creemos que efectivamente algo común en ellas campea en las instituciones

de la disciplina y en sus actores. Y que si bien seguramente nuestras palabras son torpes en la operación designativa, esa torpeza es tal vez parte del hecho de que se trata de elementos cuya presencia todos reconocemos, pero de los que hemos aprendido con falsa noción de civismo comunicológico, y como ya anticipáramos, a hablar poco (y a designar menos).

Si se aceptan estas aclaraciones, podremos dar otro pequeño paso: conjeturar que los dos pares oposicionales esquematizados, con sus mil matices, son empero y en alguna medida lugares donde habitan trazas de una divisoria más abarcadora (y más oscura), que parecería colocar, de un lado, el universo de las profesiones y, del otro, el universo de las teorías. Podría tal vez decirse lo mismo pero con alguna mayor moderación, recurriendo a la argumentación por la negativa. Esto es: aquí y allá, es dable registrar –como una verdadera marca característica del campo– visos de antiintelectualismo, por una parte, visos de negación o desentendimiento radical respecto de los contextos profesionales, por el otro, como si fueran rasgos claves del posicionamiento de actores, perspectivas, propuestas.

Algo de esto parece poder entreverse en una variedad de escenarios que se levantan en los departamentos universitarios de Comunicación: la eterna contrariedad entre asignaturas teóricas y talleres; el sentido común estudiantil definiendo el corazón de los respectivos planes de estudio según una matriz de más o menos “teoría”, etc. Cabe decir que bajo la vestidura de los planes de estudio, el asunto teoría/profesiones fue, por lustros, tema recurrente de congresos, jornadas y encuentros, auténtico lugar común reproducido hasta casi el hartazgo y en relación con el cual la relativa paz de hoy entre los términos fue impuesta por el cansancio y no por la claridad de las palabras. Cupo también decir, pues, esto último, aunque sea un poco más irritante y aunque admitirlo ahora nos obliga a algún pudor ante la contundencia de este presente al que venimos aludiendo.

Si acaso esta aproximación tuviese acierto, habría que admitir que una contraposición del tipo “profesiones versus teoría” es del todo

corrosiva. En lo explícito, resulta del orden de lo inadmisibles. Opera, por ende, desde la sombra. Y su propia estirpe cancela la posibilidad de conceptualizar los términos enfrentados (hacerlo sería propio de una de las orillas).

La posibilidad de un supuesto desencuentro entre teoría y profesiones es una falacia conceptual que se utiliza para nutrir uno de los más trajinados capítulos del antiintelectualismo al que aludíamos un minuto atrás. De otro modo: se busca descalificar ideas sin examinarlas ni confrontarlas, argumentando para ello el simple hecho de que sean tales y escondiendo que su peligro radica en que son *otras*, distintas de las de quien descalifica. Así, proclamar el desajuste (o el desencuentro, etc.) supone señalar a la teoría como la que está *desajustada* respecto de la práctica, la encargada de ocupar el lugar siempre indesmentible de los *hechos*. El desajuste, así, insinúa a su vez la ineptitud de la teoría para “ver las cosas como son”. Pero es obvio que lo que tenemos delante son, simplemente, dos teorías distintas, una de las cuales se esconde. La conservadora, como es costumbre, no dice de sí su talante teórico sino que prefiere parapetarse en la operación de sus efectos.

Anticipamos que no todas las formas de la ausencia o de la labilidad comunitaria seguían el patrón del conflicto. Conviene echar una veloz mirada sobre otras formas que asume. Tal vez sean las de la *dispersión* las que, junto a las del conflicto, denuncian y visibilizan el problema con cierta facilidad. En otras palabras: no se trata ya, en este caso, de rastrear las divisorias subtendidas en una haz heterogénea de síntomas institucionales, sino de advertir de qué manera la dificultad para reconocerse y discutir, enfrentar, disputar, aceptar las diferencias viene disimulada –además de por la cohabitación cortés– por una cierta inclinación al enciclopedismo. Pero no se trata de utilizar aquí la idea de enciclopedia solo por la vastedad heterogénea que queda abarcada. Lo importante de esta disposición a la enciclopedia es la más sutil apuesta que ella entraña, y es que por medio del elenco o la colección, la diferencia se convierta apenas en parte de una serie, se

diluyan así los riesgos del enfrentamiento (o de las decisiones que implica la toma de un camino) y, mediante la reconciliación de lo distinto, se reponga la comunidad que falta por la vía del “estamos todos”.

No son de extrañar entonces nuestras dificultades para establecer nudos –de prácticas, conceptuales, de sentido– en torno de los que, también, agrupar las pasiones, las afinidades, las identidades. Porque no es eso lo que nos caracteriza. Los departamentos universitarios de Comunicación prefieren ofrecer, por ejemplo, una casi alucinante variedad de “orientaciones” o “terminalidades”, que van desde los sempiternos periodismos hasta algunas tan novedosas que probablemente todavía no esté escrita para ellas la bibliografía que deberían poder utilizar. Se trata de la señalada vía ecuménica de conciliar y hacerle lugar a *todo*. Así se vuelve inteligible también el raro fenómeno que vuelve a las licenciaturas en Comunicación en titulares de unos planes con un número de asignaturas obligatorias considerablemente mayor que la media de otras licenciaturas en ciencias sociales. Este mayor número no está necesariamente asociado a secuencias curriculares más extensas o minuciosas sino, antes bien, a la inclusión de una atractiva pluralidad de secuencias cortitas de distintas cosas, desde la antropología hasta el marketing, desde la teoría literaria hasta la economía clásica.

Nos animamos a sugerir que una porción significativa de los clásicos puntos de la agenda comunicológica (planes de estudios, perfil del egresado y distintos profesionales, pero también estatuto disciplinario, etc.) habrían tenido trayectorias más simples y mejor coronadas si en la historia de nuestro campo de estudios los problemas relativos a las primeras referencias identitarias se hubiesen desplegado de otro modo. De ninguna manera insinuamos que estos factores tienen alguna responsabilidad causal en lo débil de la comunidad. Pero creemos que, como ocurre por lo común con los síntomas, estos de alguna manera le “vienen bien” al problema, y si en parte nos facilitan la indagación, en parte también han hecho mucho, no diremos por esconder, pero sí por desplazar todo diagnóstico.

Estamos aquí, dando pasos en un diagnóstico: una serie de elementos que suelen ser característicos de la presencia de una comunidad disciplinaria, desde el sentido de pertenencia hasta la acumulación de conocimientos, etc., resultan obstruidos (en el caso de los estudios de comunicación en la Argentina) por la existencia de una variedad de diferencias teóricas, metodológicas, políticas, profesionales que vienen, o bien negadas con la mirada distraída de “no queremos empezar otra vez”, o bien diluidas y luego sobrellevadas discretamente por los espíritus de cortesía o de colección.

Algo más. Buena parte de esa variedad de diferencias teórico-metodológicas, etc., se articula en el antagonismo genérico teoría-profesiones, antagonismo que paraliza a ambas orillas. Son indicios llamativos de este antagonismo no solo el modo en el que se constata dentro de cada institución académica, según las asignaturas, sus contenidos o enfoques. También otro mayor: a diferencia de lo que ocurre en los campos de la psicología, la sociología, la antropología, las ciencias de la educación, en el nuestro no es posible pensar el conjunto de universos profesionales que suponemos vinculados a él como porciones integradas a una misma comunidad junto con los miembros de la academia. Ni cada uno de ellos hace lo propio a la inversa.

Tengo para mí que la tensión teoría-profesiones es síntoma de taras que el campo de estudios arrastra desde su formación, y quizá aquí se encuentre una cierta diferencia específica de parte del caso argentino en el contexto latinoamericano. La mora que la dictadura militar impuso sobre una cronología que, en términos generales, corrió pareja en buena parte del resto del continente, obligó a la Argentina de la restauración democrática a acelerar el paso y forzar el proceso que en otros países –por caso, México, Brasil o Venezuela– había contado con un tránsito de diez años que aquí no existieron. En otras palabras: en 1976 (en rigor, incluso antes), en el país se interrumpió lo que había comenzado a germinar en los tempranos años de la década de 1970, en las licenciaturas de Ciencias de la Información de las universidades de La Plata y de Córdoba, en los flamantes ensayos de la Univer-

sidad de Lomas de Zamora, en un área del Departamento de Letras de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Pero luego, y hasta avanzados los años ochenta, ese proceso no será reiniciado.

Cuando ello ocurre, lo que tiende a institucionalizarse en las nuevas carreras no es el fruto macerado en años de la relación entre los estudios de comunicación y los periodistas y publicistas del medio. Es más bien, y sobre todo en la UBA, lo que corresponde a procesos de maduración realizados *fuera* de la Argentina. Luego, el modelo de la UBA, que se levanta sobre una escisión fuerte con los campos profesionales ya existentes, irradiará su enérgica influencia sobre otros puntos del país.

Este es un elemento de nuestra especificidad sobre cuyas marcas quizás valga la pena detenerse. No el único, claro está. Pero aquí viene al caso porque le atribuimos en principio un papel de cierta relevancia en la conformación de esa característica que falta, característica que parece perseguirnos desde el origen de los tiempos, la mezcla de tensión y distancia entre esas dos líneas ya mencionadas que cruzan el campo, las vinculadas respectivamente a lo etiquetado como “teoría” y como “profesiones”, contendientes que se miran con gesto ríspido y recelos en el rostro.

Pues bien, es razonable conjeturar que ese tránsito que la Argentina no hizo sino a los tumbos, entre la antigua configuración del campo y la que alboreó en los avanzados años ochenta, dejó un hueco que ya no cerraría nunca. En el mejor de los casos –que es por cierto el de muchas instituciones académicas del país–, el recelo ha sido sustituido por una suerte de vecindad sin empatías: sabemos que el otro está cerca, nos lo encontramos a diario en el ascensor o en la vereda, nos hemos ya acostumbrado a su cara y sus rutinas, pero no pretendemos que nada más nos una.

Con el correr de los años nos hemos ido habituando a que así sea. Ya no nos escandaliza, ya no nos duele, ya no nos desvela siquiera preguntarnos cómo es que las cosas terminaron hechas así. No se nos

escapa, lo dijimos, que distancias y tensiones similares probablemente existan entre los cultores de la física astronómica y de la física de partículas, o entre los psicólogos experimentales y los psicoanalistas lacanianos, por citar apenas dos ejemplos fáciles de reconocer. Sin embargo, hay una diferencia que vale hacer notar: en aquellos casos, las distancias e incomprendimientos entre unos y otros forman parte del relato de sí de la propia comunidad y, en los marcos de ese relato, existe no solo una historización, sino también una explicación que vuelve inteligible el hecho de que, eventualmente, las cosas sean como aparecen. No es nuestro caso. Ninguna racionalización pone nombre, tiempo y lugar a este incordio. Ningún relato lo vuelve representable, concebible y, por fin, digerible. Más bien, subsiste a nuestras espaldas.

Aunque la analogía a la que estoy por recurrir diste de ser exacta, vale invocarla si sirve para subrayar la relevancia que pueden tener distintos modos de enfocar las diferencias. La teoría social debió hacerse abiertamente cargo de que entre el “tratar a los hechos sociales como cosas” y el “comprender el sentido de la acción social”, lejos de conciliación posible, lo que había eran puntos de partida teóricos y epistemológicos radicalmente distintos. Durante décadas, sin embargo, este reconocimiento permitió más encuentros que los que bloqueó, y la sociología ha integrado ya esta historia –de Durkheim a Weber–, a su propia historia y a su estatuto. Salvando todas las muchas y grandes diferencias, tal vez podamos nosotros hacer algo semejante.

Si a nuestro juicio vale la pena detenerse todavía en estas cuestiones, no es solo porque ellas persistan. No todo lo que persiste vale la pena. Pero en una escena como la de los años que corren, de ánimos más sosegados y sabedores, vale apostar a que sea posible retomar la cuestión bajo una óptica considerablemente distinta, esto es, lejos de pretender trasladarla ya mismo a términos operativos para el próximo e inminente cambio de planes de estudio. Más bien, hilvanar en el tiempo zonas de luz que nos ayuden a habitar esta, nuestra casa.

INTRODUCCIÓN

En este volumen se intenta esbozar un primer acercamiento a los estudios sobre los fenómenos de la comunicación. Para ello, el texto tratará de articular tres distintas miradas: una, orientada a los principales marcos conceptuales que se han ensayado al respecto a lo largo del último siglo; una segunda, que hace énfasis en algunos aspectos históricos de las cuestiones que, hoy por hoy, suelen considerarse de relevancia entre los fenómenos de la comunicación; una tercera, que destaca el arco de problemas con los cuales los estudios de comunicación se disponen en conexiones significativas, y por los cuales –cabría decir también– estos estudios han ido adquiriendo un interés creciente en las últimas décadas.

En algunos de los capítulos del libro se advertirá el predominio de una de estas miradas por sobre las demás. En otros, en cambio, aparecerán entremezcladas. Desde nuestro punto de vista, perseguir en lo posible esta estrategia articuladora tiene una lógica: las reflexiones teóricas –sean de este campo de problemas o de cualquier otro– se desarrollan en un contexto que es necesariamente histórico y lo hacen ante la emergencia de preguntas y preocupaciones que, a su vez, resultan de interés para hombres y mujeres que habitan en ese contexto.

En el caso de los estudios de comunicación, recordar esta historicidad tiene un valor adicional. Otras zonas de producción teórica en las llamadas ciencias sociales se han conformado como *disciplinas*

científicas en el sentido fuerte de la expresión y, en esa medida, pueden tal vez ser presentadas como un cuerpo sistemático de proposiciones, supuestos metodológicos y técnicas de investigación con los que se intenta dar cuenta de una zona más o menos delimitada de objetos del conocimiento. En los casos en los que eventualmente esto ocurre, la mencionada disciplina puede asumirse por la que suele llamarse su *historia interna*, con cierta prescindencia de la historia externa, esto es, de la historia social general en la que creció y se desarrolló. En nuestro caso no es así, y debe decirse antes de avanzar más que no existe propiamente una “comunicología” constituida disciplinariamente de modo de poder presentar un cuerpo sistemático de proposiciones que cuente con el debido consenso de los especialistas en el tema. Por ello, retomamos, la conexión con la historia externa de los múltiples desarrollos de reflexión e investigación contribuye a situar, con más precisión, aportes y alcances.

Pero esta observación que acabamos de formular –que pese a lo fácil que resulta enunciarla, está lejos de ser banal– nos conduce a *introducirmos* efectivamente en los problemas que habremos de tratar a lo largo de este volumen. ¿Cuál es la particularidad que atribuimos, en este sentido, a los estudios de comunicación, a su/s historia/s “interna/s”, a sus teorías?

Puede plantearse con palabras sencillas. No se ha formado, pues, como un cuerpo sistemático de proposiciones, sino antes bien como el resultado de preocupaciones convergentes, nacidas desde un conjunto heterogéneo de tradiciones de las ciencias sociales y las humanidades, y el campo de estudios que hoy abordamos como tal constituye, en rigor, una reconstrucción retroactiva de los aportes que esas tradiciones disímiles han realizado. Por ello es que, con frecuencia, se afirma que los estudios de comunicación, antes que disciplinarios, son *transdisciplinarios*.

Veamos algunos aspectos de esta cuestión. Los fenómenos y procesos de comunicación configuran hoy un tema de moda. Esta moda parece insinuarnos que: a) todo, o casi todo es comunicación, y b) que

el núcleo de esta omnipresencia se sitúa en la importancia alcanzada por los medios y tecnologías respectivas. Ambas insinuaciones deben ser tomadas con pinzas. No se trata de negar esta importancia ni de tratar de restringir el campo de cuestiones que quedan abarcadas. Pero sí es necesario precisar con más rigor de qué hablamos cuando hablamos de comunicación. En esa medida, podremos adentrarnos, en mejores condiciones, en los senderos teóricos que abordan sus procesos.

Suele recordarse que, de acuerdo con su etimología latina, comunicar (*communicare*), quiere decir “poner en común”, compartir. Y es una verdad intuitiva el hecho de que “poner en común” constituye por excelencia aquello que es propio de la vida social y, por ende, de la condición humana en cuanto tal. Se “pone en común” algo al hablar, pero también –aunque a veces nos pase desapercibido– al establecer cualquier tipo de contacto, voluntario o involuntario, consciente o no, amigable o belicoso, directo o indirecto.

Se torna lógico así que los fenómenos de la comunicación (y los aportes a su entendimiento) puedan ser encontrados en el marco de investigaciones/reflexiones de corte sociológico o antropológico, tanto como de la ciencia política o de la psicología; que sean de su ámbito las cuestiones atinentes al lenguaje (*a todos los lenguajes*), desde la fonología hasta la teoría literaria o a una teoría de la gestualidad aún pendiente, tanto como los que hacen al análisis institucional o a la industria cultural. Del mismo modo, podría añadirse: ¿no es acaso el arte –desde siempre– una forma de comunicación? ¿Y no es la pedagogía una orientación específica de un proceso que es por definición comunicacional? ¿No son la publicidad o la propaganda (y la difusión en general) conjuntos de recursos más o menos sistematizados con el propósito de comunicar a muchos una idea sobre un objeto o sobre un aspecto de la realidad? Como dijéramos, el abanico efectivamente aparece casi ilimitado.

Por cierto, los estudios de comunicación no pueden renunciar a ninguna de estas preocupaciones. Aunque, al volcarse sobre ellas,

deban a la vez ser capaces de distinguir entre la instancia que les es propia y los aspectos más generales en los que cada una de ellas se registra. Dicho en otras palabras, la perspectiva que parecen poner en juego los estudios de comunicación resulta con frecuencia una que es propia de un tipo de corte de los problemas, de una dimensión de ellos, más que de “una clase de objetos”. Ahora bien, cómo concebir esa instancia específica o, lo que es lo mismo, ¿qué actividad es, en definitiva, esta que se realiza al “poner en común”, al interactuar en la vida social?

Podría decirse que dos muy distintos componentes intervienen en esta instancia específica, cada uno de los cuales habilita una densa serie de aspectos para la reflexión y la investigación. Cada uno de estos intercambios –se produzcan en la intimidad o a través de los medios masivos, con palabras o sin ellas– lo que hace es *transmitir información* (alguna, aunque sea mínima), y al mismo tiempo suma un grano de arena a complejos procesos sociohistóricos de *producción de significaciones*.

Podemos vislumbrar la diferencia entre estas dos dimensiones a través de cualquier ejemplo cotidiano. Leemos en la prensa que renunció el ministro de Economía. Ahora contamos con un elemento cognitivo que nos permite manejarnos de otro modo en el contexto de referencia. Tanto mi vecino como yo ya sabemos de qué se trata: “Fulano de Tal”, que hasta hace unas horas, sentado en el despacho principal del Ministerio, disponía los aspectos principales de las políticas financiera, impositiva y de erogaciones del Gobierno Nacional, ya no ostenta más esa capacidad, por ejemplo. En todo ello, la información no deja lugar a dudas. Pero, al mismo tiempo, mi vecino y yo entendemos que la renuncia del ministro *quiere decir* cosas distintas. Él supone que ahora la situación del país se modifica para mejor, calcula que la actividad bursátil puede tener un repunte y que el costo del dinero bajará. En un plano del todo distinto, mi vecino acaba de tener un disgusto conyugal. El gesto de su esposa fue inequívoco. Por ese gesto, mi vecino se “informó” acerca del enojo de su interlocutora y,

a la vez, por las cien veces en las que había vivido ya episodios muy similares, supo que la ida al cine de esa noche quedaba suspendida y que debía prepararse para intercambiar mínimas palabras hasta el día siguiente. Sin embargo, de nueva cuenta, las lecturas que los interesados –y por tanto los que entienden *efectivamente* qué sucede– hacen de la situación, difieren considerablemente. “Es un tirano”, sintetizaría ella. “Está loca”, resumiría él.

En las últimas décadas, mientras en el territorio de los conceptos de más amplia circulación social la noción de *información* ha ido ganando espacio y prestigio (“la información es poder”, “la sociedad de la información”, etc.), las reflexiones más ricas y más iluminadoras respecto de una vasta serie de problemas contemporáneos tienden a desplegarse, por el contrario, en asociación con los interrogantes acerca de las *significaciones* que se producen en los procesos sociales. Este orden de preocupaciones se encuentra en conexión con el llamado *giro lingüístico* (según otros, *giro hermenéutico*, o *giro cultural*) que indica la existencia de un punto de inflexión en los horizontes intelectuales contemporáneos. A esta vertiente de los problemas de la comunicación –la de las *significaciones*– le dedicaremos, por lo mismo, una atención preferente.

Quepa, por último, formular algunas aclaraciones generales. Por todo lo dicho, en los marcos de un texto como el presente solo es posible una *introducción*. No tanto en el sentido habitual que asocia el término a lo elemental o simplificado. Habrá, claro está, simplificaciones en las páginas que siguen, aunque hemos tratado de evitar todas las innecesarias. Pero sobre todo decimos “introducción” aludiendo a un *hall* de entrada desde el cual se advierte un haz de puertas y pasillos que dan acceso a otras zonas del campo problemático y donde, por lo general, no haremos más que echar una ojeada de referencia.